

libras, setenta y cinco céntimos de Italia.

Para completar esta revista de la caridad veneciana, hubiera sido necesario hablar de muchas obras de pormenor, de fundaciones extendidas en casi todas las islas que rodean las lagunas, de casas de retiro anexas á la mayor parte de las parroquias, de las setenta y dos cofradías para alivio de los indigentes de cada parroquia, de la gran cofradía que suministra á todos gratuitamente los cuidados médicos y los remedios, de las comisiones dedicadas especialmente á los pobres vergonzantes. Estas cofradías y estas comisiones han sido reunidas, en 1814, bajo una direccion central llamada *Pública-Beneficencia*. Las rentas fundadas, los dones anuales ponen á disposicion de la direccion una suma de tres millones cuatrocientos mil francos (setenta y ocho mil pesos), suma magnífica para una ciudad de ciento catorce mil almas y que se emplea en distribuciones de vestidos, de camas, de ropa, de alimentos y de medicinas gratuitas. Además, los indigentes reciben personalmente quince, veinte, treinta céntimos por cabeza y más todavía, segun las necesidades. En Paris, la administracion de los hospicios no abona para servicio de las oficinas de beneficencia más que un millon setecientos mil francos, (treinta y seis mil pesos).¹

Despues de los establecimientos de caridad viene otra gloria de Venecia y esta fué largo tiempo un privilegio exclusivo; quiero hablar de la fabricacion de lunas. Hoy las diferentes ciudades de la Europa le hacen notable competencia y producen lunas más grandes que las de Venecia. Sin embargo, estas últimas conservan, segun se dice, una superioridad incontestada.

¹ Debemos la mayor parte de los pormenores que preceden á las memorias inéditas de un Veneciano y cuyo extracto acaba de salir en los *Anales de la Caridad*, recopilacion excelente, 31 de Octubre de 1845, p. 623.

ble. Todas las lunas de Venecia son solapadas, miéntras que las bellas lunas de Paris son coladas. De allí la enorme diferencia de belleza que existe entre las primeras y las segundas. Las primeras son más iguales, más unidas, y no están como las segundas sujetas á contener bolas de aire, ni á hacer aparecer una figura más larga ó más ancha, ó más corta y hasta deforme, lo que sucede algunas veces en nuestras lunas coladas á consecuencia de las partes más ó ménos espesas ó desigualmente extendidas. La inferioridad actual de las lunas venecianas se refiere á su pequeñez comparativa. Las más grandes no tenían casi más que tres piés y medio de altura sobre dos piés y medio de latitud. Esta es la mayor extension que puede producir, segun se dice, el soplo del hombre.

La isla de Murano, en donde se encuentran aquellos talleres tan afamados, nos mostró tambien la fabricacion de las perlas. Cuesta trabajo concebir cómo se pueden dar aquellos bonitos y pequeños objetos á tan buen precio. Describir los procedimientos de fabricacion es tal vez un medio de resolver el problema. Se comienza por mezclar diversos colores con los elementos ordinarios del vidrio. Cuando la materia está en fusion, un vidriero sumerge un largo tubo ó soplete en el horno: saca un trozo de materia que presenta al soplete de otro obrero; los dos vidrieros soplan cada uno por su lado, y la materia, atravesada por el aire, forma una especie de cilindro. Al punto dos muchachos se apoderan de los sopletes y se alejan corriendo cada uno en sentido opuesto. La materia vidriosa que es suave, se alarga indefinidamente sin romperse hasta que se enfrie, y el aire introducido en el tubo, dilatándose á medida que la materia se alarga, conserva el vacio que está enmedio de cada uno de aquellos tubos.

A esta primera operacion sigue el *corte*. Todos aquellos tubos de mil colores se cortan en tamaños de dos á tres piés. Se les lleva en seguida á obreras que con un cuchillo fijo en un banquillo, los cortan en pequeños pedazos de algunas líneas. Todos aquellos pedazos caen en canastos y luego se ponen en una gran vasija llena de una tierra calcárea reducida á polvo y que se endurece en el fuego. Se remueve el todo de manera que se cierren los agujeros pequeños practicados en las perlas. Hasta allí las perlas son todavía de desigual longitud, con los extremos escabrosos y toscos. Para pulirlas y hacerlas de tamaño uniforme, se las arroja, llenas de tierra, en una vasta caldera giratoria semejante á un tornillo de Arquimedes. Las perlas expuestas á un fuego muy ardiente se remuelen y el frotamiento contra las paredes de la caldera las pule, las redondea y las lleva á una forma y á dimensiones iguales. Se las retira, se las pone en el arnero para hacer que se desprendan de la tierra, se las lava, se las saca, y aquellas bonitas bagatelas, fabricadas con una rapidez y una precision maravillosas, parten por millares á todos los confines del mundo en donde se cambian bajo dedos hábiles en objetos llenos de gracia y de variedad.

De la isla Murano salimos para la isla de San Lázaro. Allí está situado el célebre convento de los Arménios. En una embarcacion hicimos una travesía de algunas millas, nos pusimos á orar conforme al uso de los antiguos navegantes del Adriático. Entre los millones de navíos más ó ménos célebres que han surcado aquel mar, hay uno más glorioso que todos los demas, cuyo recuerdo no puede escaparse al viajero cristiano. Esta es la galera que trajo de Jerusalem á la emperatriz Santa Elena con una parte de los instrumentos de la Pasion. Cuando entró la ilustre viajera en el mar Adriático, famoso por sus nau-

fragios, fué asaltada por una violenta tempestad. Se acuerda del Dios cuya voz calmó las olas; y tomando uno de los clavos que habian atravesado sus miembros sagrados, lo sumerge en el mar que al punto se apaciguó y que cesó desde entónces de ser el terror de los navegantes. En otro tiempo, en memoria de este hecho, todas las tripulaciones que entraban en las aguas del Adriático se quitaban el sombrero, se prosternaban, entonaban himnos sagrados y se entregaban á piadosos ejercicios. Durante una larga série de siglos las riberas de aquel mar santificado resonaron con oraciones solemnes. No fué este el único espectáculo verdaderamente cristiano de que fué testigo el Adriático. Hay otro no ménos solemne de que hablaré despues de haber visitado á San Lázaro adonde abordamos.

Representaos una pequeña isla de contornos graciosos, de superficie uniforme, cubierta de jardines perfectamente cultivados, enmedio de los cuales se levanta un vasto edificio cuyas paredes, pintadas de rojo, rodean muchos anchos patios de una elegancia y de una limpieza notables; ved pasearse bajo los largos pórticos á religiosos vestidos de negro, de andar grave, de tipo oriental, de larga barba negra, de modales llenos de gracia y de dignidad, que hablan vuestra lengua materna, que os acogen como hermanos, aunque nunca os hayan visto, y tendreis una idea del convento arménio de San Lázaro. ¿Pero por qué se encuentran aquí estos hijos del Oriente?

La Arménia habias ufrido el yugo musulman; la última chispa de la fe estaba amenazada de extinguirse en la patria de San Gregorio el Taumaturgo. Un religioso, Mechitar de Petro, nacido en Sebaste, habia pedido para él y para sus hermanos un asilo á los Venecianos, entónces dueños

¹ Sandini, *Hist. Famíl. sacrae*, p. 251.

de la Morea. Su peticion fué acogida, pero Venecia perdió bien pronto sus posesiones de ultramar. Replegándose sobre sí misma, no olvidó á sus huéspedes de Oriente; les concedió generosa y perpétuamente la isla de San Lázaro para su retiro. ¿Qué hacen en esta soledad colocada sobre las fronteras de los dos mundos? Ruegan por su patria, transmiten la fe, única esperanza de la Arménia, á los jóvenes compatriotas que les envían y que á su vez la comunican á los demas; beben en las fuentes del Occidente la ciencia que revisten con el traje arménio para enviarla á Oriente; luego nos dan los monumentos de la ciencia oriental, que hacen accesibles traduciéndolos á las diversas lenguas europeas; tal es su mision. Si pues Venecia no tiene el poder de rechazar por las armas á la barbarie musulmana, conserva la gloria de combatirla por las luces de la ciencia y de la fe.

El abad, que hablaba muy bien frances, vino á recibirnos. Nos condujo desde luego á la iglesia, que es pequeña, pero perfectamente puesta. Los religiosos estaban en el oficio; allí encontramos con gusto el rito y el traje lleno de dignidad que habíamos admirado en la Propaganda. Acabado el oficio fuimos rodeados por los buenos religiosos que se apresuraron á hablarnos de la Francia y á enseñarnos su biblioteca tan rica en manuscritos muy antiguos y muy raros, su bella imprenta y las diversas obras políglotas que han salido de allí. Desde la iglesia hasta el refectorio, por todas partes debimos admirar sin restriccion el orden, la inteligencia, el trabajo que reinan en aquella casa capaz de convertir al enemigo más obstinado de las instituciones monásticas.

El tiempo habia huido, y cuando salimos de San Lázaro, los últimos resplandores del dia iluminaban las aguas agitadas de las lagunas. Venecia, el palacio

ducal, la iglesia de San Márcos, el Arsenal y el Lido comenzaban á recobrar los sombríos velos bajo los cuales los habíamos encontrado cubiertos cinco dias ántes. La *gondola corriera* nos esperaba con sus gondoleros vestidos de amarillo, para trasladarnos á Mestre. Eran las ocho de la noche.

Durante la travesía fuimos testigos de un curioso fenómeno: la fosforescencia del mar. Cada golpe de remo dejaba despues de sí una larga lista de fuego que disipaba las tinieblas en que volvíamos á caer un instante despues; el mismo espectáculo continuó dos horas enteras. ¿Cuál es su causa? ¿debe atribuirse, como lo quieren algunos sabios á la agitacion de pequeños animalillos dotados de la misma propiedad que los gusanos de luz? ¿puede la electricidad tomar para sí la gloria? Esperando las resoluciones de la ciencia, el viajero cristiano gusta de contemplar otro espectáculo que para la poderosa ciudad fué el último y brillante rayo de su gloria. La vista del Adriático le trae vivamente su recuerdo.

El poder otomano, enardecido por la toma de Constantinopla, habia llegado á ser más temible que nunca. Miéntras sus ejércitos amenazaban el Norte de la Europa, sus flotas invadian las islas de la Grecia, y llevaban una despues de otra los puntos avanzados de la civilizacion; la cruz retrocedia ante la media luna. El gran pontífice Pio V desde las alturas del Vaticano ha visto el peligro. Como centinela vigilante arroja el grito de alarma; la Europa meridional oye su voz. Una flota de doscientas treinta y ocho velas se reúne en Messina bajo el mando de Don Juan de Austria.

Venecia cuenta por su parte ciento veinticinco navíos. En el momento de levar anclas, todo el ejército se confiesa; se aleja todo lo que pudiera ser ocasion de

15 DE ABRIL.

Trevisa: Recuerdos de Benedicto XI y de Totila.—Vicenza: Teatro olímpico.—Madona del Monte.—Montebello, Arcola: Recuerdos.—Anécdota.—Verona: Anfiteatro.—Recuerdos del emperador Filipo y de Pio VI.—Grandes hombres.—Catedral.—San Zenon.—Milagro.—San Firino.—Lago de Guardia.—Rivoli: Recuerdo.—Rasgo de valor.—Peschiera, Attila, San Leon: Desengaño, la B. Angela Merici.—Brescia: Estatua de la Victoria.—Catedral.—Dos reliquias.—Mártires.—San Gaudencio.—Fuentes.—Recuerdo de Bayardo.—Bérgamo: Edificio de la feria.—San Alejandro.—Santa Astéria.—Santa Eusebia.—Santa Grata.—Grandes hombres.—Colleoni.—Repertorio.—Paso del Adda.—Vaprio.

Era noche cuando pasamos á Trevisa. No pudiendo ver sino imperfectamente las riquezas de aquella ciudad, nos contentamos con llamarlas á nuestra memoria y saludar á los personajes que la han hecho famosa. La catedral, construccion gótica del siglo décimoquinto, interesa no tanto por sus admirables capillas de los Lombardos, sus soberbios mausoleos del Papa Alejandro VIII, canónigo de esta iglesia y del obispo Zanneti, sus cuadros de Bardone y su magnífica Anunciacion del Ticiano, cuanto por su crypta de San Riberl, vasta iglesia subterránea en la cual descansa, desde hace siglos, el cuerpo del héroe cristiano, modelo y protector de la ciudad. San Nicolás desde principios del siglo décimocuarto, recuerda á la vez el poderoso génio de Santo Domingo y las liberalidades del Papa Benedicto XI. Este pontífice es una de las dos grandes figuras que parecen esperar al viajero á las puertas de Trevisa. Nicolás Bocasini, hijo de un pastor, entró de buena gana en la orden de Santo Domingo, de la cual fué general. Como nuncio, como cardenal,

pecado; se prohíbe la blasfemia bajo la pena de muerte; el nuncio apostólico bendice solemnemente la flota; y aquellos millares de valientes, seguros con la proteccion del cielo, hacen velas para Oriente.

No es el espectáculo de que acabo de hablar, ni el resultado de la expedicion que fué la victoria de Lepanto, es decir, la más grande victoria naval que se ha alcanzado alguna vez, lo que más me llamó la atencion en aquel recuerdo solemne, sino los nombres de los navíos que componian la flota cristiana. Ellos muestran más elocuentemente que los ejercicios religiosos del valiente ejército, el espíritu que entonces dominaba las ideas y los hábitos generales de la Europa. He visto la lista de todos los navíos españoles, genoveses y venecianos que combatieron en Lepanto; todos llevan nombres de santos ó de santas, algunos pocos nombres nacionales, ni uno solo el nombre de una divinidad pagana. ¿Qué dirian aquellos bravos marinos si volviendo al mundo viesan á las naciones disfrazar casi todos sus navíos con nombres paganos, y en vez de poner sus flotas bajo la invocacion de todos los santos y santas del Paraíso, confiarlos al patrocinio de los dioses y de las diosas del Olimpo. Esta repugnante costumbre contra la cual reclaman igualmente el buen gusto y la religion, seria para ellos, como es para todo observador reflexivo, una señal demasiado cierta de la tibieza de la fe y de la invasion del paganismo en la Europa cristiana desde fines del siglo décimosexto. No era inútil recordar esto á los optimistas que pretenden que las tendencias de los tiempos modernos son tendencias eminentemente cristianas.

¹ Todos los navíos turcos llevan los nombres acionales.